

## SEMBLANZA DE ORLANDO MELLADO, PINTOR

He aquí a un pintor que persigue, y defiende, con tenacidad y consecuencia irreductibles la decisión que ha tomado, la elección que ha hecho de sus propios medios, al servicio siempre de su particularísima visión del mundo,

No le importan modas, vanguardismos circunstanciales, tendencias compartidas con otros artistas, imperativos de época, Su ductus particular emerge de un oficio seguro, avalado por la precisión de un dibujo dinámico al servicio de sus proyecciones eidéticas.

Nos ha parecido siempre, desde el momento que nos enfrentáramos a sus primeras pinturas, ratificada luego esta impresión primera por su presencia en una de aquellas competiciones de "Valdivia y su Río", en que saliera ganador, que su óptica particular, sujeta generalmente a los enfoques y encuadres de una manera tradicional de entender la pintura, somete el motivo a una suerte de transformación, o transfiguración, progresivas, a una especie de filtro sensitivo que extrae, justamente de aquella realidad exterior, sus esencias, sus figuras, sus presencias al parecer emboscadas,

Claro está que su óptica selecciona, abstrae, destaca, trastroca siempre. Poniendo napa sobre napa, su touché no desemboca en loca danza de pinceladas sueltas ni desenfundada gestualidad. Sus retículas de color, que van bordando estructuras en ocasiones iridiscentes en un mantenido afán de síntesis formal, recrean, van recreando en la tela aquella realidad imaginaria y paralela depositaria de sus afanes.

Ha descubierto la espacialidad inherente a los altos horizontes, aquellos que van extendiendo los estratos, aquellos que nacen, aparentemente, a nuestros pies, y se prolongan al infinito, separados del azul por una línea sutil de concreciones insinuadas. En esos espacios, que se nos antojan abiertos y pululantes de destellos y muescas de sol, se insinúan hondonadas, florecen amapolas y margaritas convertidas en manojos de luz, se yerguen filigranas vegetales, se insinúan oquedades y encrucijadas de sombra, de misterio agazapado.

En ocasiones, emergiendo con ímpetu, se levantan carpas de circo, estivales, con banderolas multicolores al tope, al borde de las playas, a la vera de los puentes esqueléticos, como abandonadas al calor del mediodía, esfumándose en el azul de aquellos elevados horizontes, incorporando un aire de ensoñación mágica al acaecer cotidiano de las playas. Y nos parece estar de pronto frente a la carpa de Melquíades, y sus hierros mágicos.

Cultiva más que el paisaje, el paisaje compuesto. No es pintor "en plein air", de eso no cabe la menor duda, y poco o nada queda de impresionismos iniciales. Extrae, sustrae, abstrae de aquel paisaje allá afuera, los motivos, los arabescos y estructuras que, a modo de concreciones plásticas, son dispuestos en el contexto de una visión, y una intención, integradoras.

Sus paisajes cambian de lugar, cambian de función, son ordenados de acuerdo a precisos imperativos de ritmo y color, de contrastes mínimos, o extremos, necesarios, en tramas transparentes, reflejos reiterados que se extienden frente a nosotros, desde nuestros pies, a los altos horizontes prendidos en el azul, ahí donde se recorta contra ese mismo cielo una choza, una caseta de baño, o un castillo de arena, quién sabe...

Sus paisajes, de algún modo, se convierten en paisajes interiores, en paisajes del recuerdo, o de los sueños, reminiscentes o simplemente intuitivos. Representan sin duda imágenes de ensoñación, en las que el ojo sensible irá descubriendo, a su inspección atenta, gemas de color, encrucijadas de luz, palpitantes tramas prisioneras en arabescos transparentes, reflejos...

EDUARDO MEISSNER  
Marzo de 1997